

tar á Jesucristo en la humildad, en la abnegacion, en la pobreza, en el aborrecimiento de los placeres sensuales, vosotros debeis conocer que, sin un cambio radical en vuestra conducta, vuestra condenacion es cierta, es segura, es infalible. Quite Dios esta desgracia. Amen.

### TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

Como en esta tercera semana de Adviento caen las t mporas que llamamos de Navidad, es deber de un buen cura anunciarlas hoy al pueblo, no simple y secamente, sino explicándole las razones que ha tenido la Iglesia para instituir las, y el modo con que debe celebrarlas para corresponder   sus intenciones. Por esto haga notar que la Iglesia ha puesto t mporas en cada una de las cuatro estaciones en que se divide el año, es decir, en la primavera, verano, otoño   invierno, ordenando   sus hijos que por tres dias en cada una se entreguen con mas fervor al ayuno y   la oracion. Las razones generales que han movido   la Iglesia   disponerlo así son : santificar con la penitencia tres dias de cada estacion, desagraviar   Dios de las culpas cometidas en la estacion precedente, implorar las luces del Espíritu Santo sobre los obispos, para que tengan acierto en la ordenacion de ministros que en tales dias acostumbran hacer. Esta última razon, bien expuesta, es muy eficaz para inducir   los fieles   que cumplan con el ayuno y demás cosas que est n prescritas en las t mporas, sobre todo si se les hace reflexionar que en las actuales tal vez se ordena alguno que está destinado   ser algun dia el pastor de aquella parroquia. A mas de las razones comunes   todas las t mporas, hay otras que son propias y especiales   las de Navidad, que son, dar gracias   Dios por los frutos de la tierra recolectados en el otoño, obtener la gracia de hacer de ellos un buen uso, y disponerse dignamente para celebrar el nacimiento del Hijo de Dios. Estas razones, expuestas en t r-

minos claros y precisos, ó en el catecismo, ó en la plática moral, serán muy poderosas para inducir á los feles á cumplir exactamente todo lo que la Iglesia ordena en dichas tómporas.

El evangelio de este domingo está tomado del primer capítulo del de san Juan, en que se explica la comision que los judíos de Jerusalem enviaron al santo Bautista para que le preguntara si era el Mesías, y de la respuesta que este dió á los enviados. De este evangelio se pueden sacar varios asuntos, todos sumamente útiles.

De aquellas palabras : Tu quis es? se puede componer una excelente plática sobre el conocimiento de sí mismo en la forma siguiente : Despues de haber referido históricamente la pregunta Tu quis es? que los judíos hicieron al Bautista, se dirá que cada uno debe proponerse á sí mismo semejante cuestion, á fin de tener de sí propio un justo y exacto conocimiento. Se hará ver la gran necesidad de conocerse bien, cuán pocos son los que tienen de sí un exacto conocimiento, y los grandes daños que se siguen de esta falta. Para el primer miembro servirán admirablemente los ejemplos de David, Magdalena y del Hijo pródigo, de los cuales el primero anduvo por el camino de la perdicion hasta que el profeta Natan le hizo ver quién era, diciéndole : Tu es ille vir <sup>1</sup> : la segunda no salió de sus culpas hasta que, iluminada por Jesucristo, conoció el mal estado de su alma : Ut cognovit <sup>2</sup> ; y el tercero no se reconcilió con su padre hasta que entró en sí, y conoció el infeliz estado á que le habian reducido sus desórdenes : In se reversus, dixit... surgam, et ibo ad patrem meum <sup>3</sup>. Para el segundo miembro se aducirán las causas que suelen impedir el conocimiento de sí mismo, y hacen que se tenga de sí una idea enteramente equivocada, cuales son, el amor propio que nos hace tener en mas de lo que real-

<sup>1</sup> Il Reg. xii, 7. — <sup>2</sup> Luc. vii, 37. — <sup>3</sup> Ibid. xv, 17, 18.

mente somos ; las pasiones que nos ciegan el entendimiento, y no nos dejan conocer nuestras faltas, á lo menos con toda su malicia ; y el mundo que con sus máximas erróneas y juicios falsos justifica y canoniza en nosotros lo que delante de Dios es muy reprehensible y censurable. Para el tercer miembro bastará decir que, por no conocerse bien, muchos se tienen por grandes santos, siendo grandísimos pecadores ; resultando de aquí lo que dice el Espíritu Santo, que, pensando ellos ir por el camino de la salud, van por el de la perdicion : Est via quæ videtur homini justa : novissima autem ejus deducunt ad mortem <sup>1</sup>.

Sobre las mismas palabras : Tu quis es? se puede formar otro discurso sobre la pasion dominante, la cual es la que propiamente domina al sujeto, la que forma su propio carácter, y le distingue de los demás. Todo lo mas interesante que se puede decir de esta pasion se reduce á tres puntos : al conocimiento que cada cual debe tener de la propia, á la necesidad de combatirla, y al modo de vencerla. Acerca del primer punto se dirá que, aunque todos tenemos igual número de pasiones, y todas pueden arruinarnos si no las tenemos á raya ; sin embargo cada hombre, por razon de su temperamento especial, tiene una que predomina las otras, y suele ser la causa primaria de todos sus desórdenes y caidas ; como vemos que á unos predomina la impureza, á otros la cólera, á otros el orgullo, á otros la avaricia, etc. Observe cada uno cuál es la especie de pecados en que cae con mas frecuencia, y luego conocerá qué pasion le predomina. La necesidad de combatir esta pasion se demostrará haciendo ver que de hacerlo ó no hacerlo depende el salvarse ó el condenarse. Como que ella pone en movimiento todas las demás pasiones, si se la vence, quedan todas vencidas, al modo que, muerto Goliat por mano de David, se dispersaron y dieron

<sup>1</sup> Prov. xiv, 12.

por vencidos todos los demás filisteos ; pero si se la deja triunfar, arrastra á un sinnúmero de pecados, y conduce á un fin desastroso. Testigo Judas á quien la pasion del interés condujo, primero á cometer hurtos secretos, despues á vender á su divino Maestro, luego á comulgar sacrilegamente, y al último á colgarse en un árbol. Testigos Herodes, Saul y otros, cuya mala vida y trágico fin nos refiere la Escritura. El modo de vencer esta pasion se explicará diciendo, que para combatirla con éxito es menester 1.º acudir á la oracion, á ejemplo de Judit que, cuando quiso cortar la cabeza al general Holofernes, figura de la pasion dominante, se preparó antes con la oracion y el ayuno : 2.º combatirla luego que se descubre, y sin esperar á que se enseñoree, siguiendo el documento de san Jerónimo que dice : Mata al enemigo mientras es pequeño, que si le dejas crecer, él te matará á tí : 3.º ejercitarse en actos contrarios á lo que ella inclina ; en limosnas, por ejemplo, si ella inclina á la avaricia ; en penitencias, si á la impureza ; en humillaciones, si al orgullo, etc.

Aquellas otras palabras del mismo Evangelio : *Medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis*, tambien dan ocasion para predicar sobre la presencia de Dios. Por introduccion de la plática se refiere literalmente el texto del Evangelio, y en llegando á las sobredichas palabras, se dice que es muy extraño que, teniendo los judios al Mesías á la vista, y descubriendo en él todas las señales con que le habian anunciado los Profetas, todavia no le conociesen. Pero luego, por medio de una reflexa, se añade, que aun es mas extraño que, sabiendo los cristianos por la fe que Dios está presente en todo lugar, tengan la osadía de pecar en su presencia, y ante sus mismos ojos. Se pondera la malicia que esta circunstancia añade al pecado, valiéndose para ello de la plática que está puesta en el primer tomo del Catequista orador, pág. 51.

A mas de los asuntos que dejamos insinuados, se puede tocar otro que por su novedad nos parece á propósito para dar buenos resultados. Hélo aquí.

### El abuso de la fe y sus castigos.

*Medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis. (Joan. I, 26).*

Informados los judíos de los sermones admirables que el Bautista predicaba en la otra parte del Jordan, de la gran penitencia que hacia, y de la vida inocentísima que llevaba, le enviaron desde Jerusalem algunos sacerdotes y levitas para que se informasen de su persona. Puestos en su presencia los comisionados, entablaron con él el siguiente diálogo. ¿Quién eres tú? ¿Eres Cristo? No, contestó el Bautista, yo no soy Cristo. —¿Eres Elías?—No, yo no soy Elías.—¿Eres profeta?—No, yo no soy profeta.—Pues ¿quién eres? ¿qué nos dices de tí mismo? ¿qué respuesta daremos á los que nos han enviado?—Decidles que yo soy la voz del que clama en el desierto, y que el Mesías de quien deseais saber, está en medio de vosotros, sin que vosotros le conozcais : *Medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis.*

¡Qué vergüenza, hijos míos, para un pueblo tan ilustrado como el de Judá, tener á Jesucristo ante los ojos y no conocerle! ¿Cómo se explica tanta ceguedad y torpeza? ¿No era Judá aquel pueblo elegido, á quien la venida del Mesías habia sido anunciada con tantos oráculos, asegurada con tantas promesas, manifestada con tantas figuras? ¿No fue en Judá donde este Verbo divino se hizo carne, donde los Ángeles bajaron á celebrar su nacimiento, donde apareció una estrella para mostrar á los Magos su pesebre, donde bajó sobre él la celestial paloma, donde en fin resonó de lo alto la voz del divino

Padre que decia : *Este es mi Hijo muy amado?* ¿No fue en Judá donde Jesucristo obró tantos milagros, donde hizo tantas maravillas, donde dió tantas pruebas de su divinidad? ¿Cómo, pues, Judá es tan ciego que no le conozca?

¡Ah, hijos míos! hubo un tiempo en que Judá era el pueblo mas ilustrado con los resplandores de la verdadera fe; pero desconociendo el valor de este don celestial, no supo aprovecharse de él, abusó de él ingratamente, en términos de obligar al Señor á quitárselo. Quiera Dios que este castigo, castigo el mas formidable que puede venir sobre un pueblo, nunca llegue á nosotros; y que, así como somos los herederos de la fe de Judá, no seamos sus imitadores en la ingratitud, y sus compañeros en la desgracia. Para que esto no suceda, vengo hoy á manifestaros tres cosas sumamente importantes: 1.<sup>a</sup> el gran beneficio que Dios nos ha hecho dándonos la fe: 2.<sup>a</sup> el gran abuso que hacemos de este beneficio: 3.<sup>a</sup> el gran castigo que debemos temer por este abuso.

Para bien comprender la grandeza del beneficio que el Señor nos ha hecho dándonos la fe, conviene suponer con santo Tomás, que ella nos enseña dos clases de verdades: unas que no exceden la luz natural del entendimiento humano, como que hay un Dios, que nuestra alma es inmortal, etc.; otras que son superiores al entendimiento del hombre, como que en Dios hay tres personas distintas, que Jesucristo es nuestro Redentor, que los Sacramentos nos santifican, etc. No perdais de vista esta distincion, porque servirá mucho para conocer el valor inestimable de la fe.

Como llevo dicho, hay ciertas verdades que no están fuera del alcance de nuestro entendimiento, las cuales podríamos descubrir sin el auxilio de la fe; pero ¿quién no conoce cuán ven-

tajoso nos es que la fe nos las enseñe? Sin la fe, dice santo Tomás, sin duda se descubrirían tales verdades; pero ¿por cuántos? por muy pocos. ¿Cuándo? despues de mucho tiempo. ¿De qué modo? con mezcla de infinitos errores<sup>1</sup>.

En prueba de esto, dad una mirada á aquellos pueblos sobre los cuales no ha brillado la hermosa luz de nuestra fe: mirad al Egipto, á la Grecia y á la misma Roma, y decidme: antes que la fe fuese á iluminar á aquellos pueblos, ¿cuál era su modo de pensar acerca de la divinidad? ¿cuál su teología? ¿cuál su culto?... ¡Ah! todos desconocieron el atributo mas hermoso de Dios, cual es la unidad, en términos de hacer subir á miles el número de sus dioses. ¿Y quiénes eran estos dioses? Eran lo mas súcio y asqueroso de la sociedad: un Júpiter adúltero, un Mercurio ladron, un Marte sanguinario, una Vénus impura y deshonorada. ¡Hubiéranse contentado con adorar á estos que al fin eran seres racionales! Pero no, que se forjaron tantos dioses, cuantos astros y planetas divisaron en el firmamento. Al sol erigieron altares, á la luna quemaron inciensos, á Saturno ofrecieron votos y sacrificios. ¿Qué mas? no solo tuvieron por dioses á los astros que giran por el cielo, sino tambien á los reptiles que se arrastran por el polvo: el cocodrilo, la salamandra, la lagartija eran para aquellos miserables dioses dignos de respeto y veneracion. ¿Acabará de decirlo? No habia familia en Egipto que no cultivase algunos dioses en su jardin; pues para aquella gente supersticiosa eran dioses los ajos, las cebollas, las coles y toda suerte de vegetales: por cual motivo les decia muy graciosamente un sátirico: ¡Oh santas gentes, á quienes los dioses nacen en el huerto!

Héos aquí, amados míos, cuál era la idea que se habian formado de la Divinidad unos pueblos que tenian fama de ser, y

<sup>1</sup> D. Thom. 1 part. quæst. 1, art. 1.

realmente eran, los mas cultos y civilizados del universo: ¿Y cuál seria la nuestra, si la fe no hubiese venido á iluminarnos? No lo dudeis: seríamos tan ciegos y estúpidos como ellos fueron, adoraríamos el bronce y el palo como ellos los adoraron: y despues de haber llevado una vida de bestias, caeríamos en un infierno de desesperados. ¿Y habrá entre nosotros quien no levante su corazon á Dios, bendiciéndole por este beneficio?

Y con todo aun no hemos visto lo principal. La fe nos enseña algunas verdades tan superiores á nuestro alcance, que jamás nos hubieran venido al entendimiento, si ella no nos las enseñara. Si la fe no lo dijese, ¿quién hubiera pensado jamás que somos criados para subir al cielo, ver á Dios cara á cara, y gozar eternamente de su misma felicidad? Nadie, dice san Pablo: la bienaventuranza que esperamos en el cielo es de un órden tan superior, que el entendimiento humano con todos sus esfuerzos jamás hubiera llegado á concebirla <sup>1</sup>.

Y sin embargo, amados míos, el conocimiento expreso y la explícita creencia de esta felicidad sobrenatural es de necesidad absoluta para alcanzarla. Porque ¿cómo se conseguirá una cosa, si no se procura? ¿Cómo se procurará, si no se conoce? ¿Cómo se conocerá, si falta la luz? Pues esta luz es la fe: ella es la que nos hace saber que en el cielo tenemos nuestra patria, que allá arriba está todo nuestro bien: ella es la que, mostrándonos el paraíso como con el dedo, nos dice lo que la madre de los Macabeos decia á uno de sus hijos: *Peto, nate, ut aspicias ad cælum*, suplicote, hijo mio, que levantes tus ojos al cielo; y nunca olvides que allá arriba verás á Dios, gozarás de Dios, y serás eternamente dichoso con Dios. Y no contenta la fe con darnos noticias del cielo, nos enseña todo

<sup>1</sup> 1 Cor. 11, 9.

lo que debemos creer, nos dice todo lo que debemos practicar para conseguirlo infaliblemente; sirviéndonos de ayuda y conductora en el viaje de esta vida, á semejanza de aquella columna de luz que conducia á Israel hácia la tierra de promision. ¿Y no levantaremos incesantemente nuestro corazon á Dios en señal de reconocimiento?...

¡Ay de mí! estamos tan léjos de mostrarnos reconocidos al Señor por el gran beneficio de la fe, que por el contrario le pagamos este beneficio con la mas negra ingratitud, haciendo de él el mas indigno abuso. Para que este abuso aparezca con toda su deformidad, fijemos la atencion, no en esa turba de impíos que se mofan descaradamente de las máximas de nuestra fe, no en esa multitud de hombres inmorales que, sin renegar de la fe, llevan unas costumbres enteramente depravadas; sino en esa porcion de cristianos que llamamos gente de bien, y que al parecer tienen una conducta bastante conforme con el Evangelio.

A dos clases se reducen todas las verdades que la fe enseña: unas son especulativas, como los misterios de pura creencia; otras son prácticas, como las que tienden á arreglar nuestra conducta. Ahora bien: trátese de misterios de pura creencia, como por ejemplo del de la inmaculada Concepcion de María; ¡oh! estos cristianos de quienes hablo son muy fervorosos en creerlos, en honrarlos, en predicarlos. ¿Por qué? porque todo esto cuesta poco, y en nada mortifica las pasiones. Trátese empero de ciertas verdades morales, como las que prohiben el fraude, la venganza, la impureza, etc., ¡ah! entonces es ya otra cosa. No las niegan como los impíos, porque están demasiado expresas en el Evangelio; no las infringen abiertamente como la gente desalmada, porque la conciencia gritaria demasiado fuerte; pero tampoco las observan cual cumple á buenos cristianos. ¿Qué hacen pues? Las interpretan á

su gusto, las acomodan á sus intereses, las hacen servir para lo que quiere su pasión : y esto por mas claras y terminantes que sean.

De un tal modo de proceder hallo un famoso ejemplo en el rey Saul <sup>1</sup>. Hombre de fe mas pura que la suya difficilmente se encontraria : adorador mas celoso del verdadero Dios tal vez no se hallara en todo Israel. Sin embargo ved lo que sucedió. Presentósele un dia el profeta Samuel, y de parte de Dios le dijo : El Señor manda que inmediatamente tomes tu ejército, y vayas á destruir la ciudad de Amalec, advirtiéndole que la destruccion ha de ser tan completa, que de todo cuanto hay en ella no ha de quedar nada, ¿oyes? nada absolutamente. Hombres, bestias, casas, alhajas, todo ha de desaparecer. Decidme ahora, fieles : ¿podia el Profeta hablar mas claro? ¿podia intimar el precepto con términos mas expresos y concisos? Pues bien, ved cómo se portó Saul. Ataca la ciudad de Amalec, entra en ella por asalto, y luego manda á las tropas que hagan una matanza general y un general exterminio. La órden iba ejecutándose con indecible horror en todas partes, cuando héos aquí que, en medio de la matanza y destruccion, pone Saul los ojos en los numerosos rebaños, ricos vestidos y preciosas alhajas de Agag rey de Amalec; y deseoso de poseer tan ricos despojos, ¡alto! dice á sus soldados, ¡alto! destrúyase todo lo demás; pero este hermoso bolin quede intacto, y sea llevado á Israel. No bien habia entrado otra vez en sus Estados, cuando se encuentra cara á cara con Samuel. Bien hallado seas, Profeta, le dice con aire jovial y festivo, ¿sabes que he cumplido bellísimamente el precepto que me intimaste de parte de Dios? *Implevi verbum Domini*. — ¿Qué dices? contesta Samuel: ¿tú has cumplido el precepto del Señor? ¿Y esos rebaños que

<sup>1</sup> I Reg. xv.

conduces?... ¿Y esos despojos que veo?... ¿Y ese botín que está ahí?—Te lo diré, Profeta : Amalec, propiamente hablando, ya está destruida, conforme el Señor me mandó : solo que he hecho reservar algunas cosillas, como las que ves, no creyendo que esto se opusiese á su precepto.—¡Ah, príncipe trapacero! replica Samuel : ¿así has interpretado á tu gusto el precepto divino que te decia terminantemente que no reservases nada, nada absolutamente? Sepas que esa astuta y maligna interpretación ha sido un pecado muy semejante al de la idolatría.

Hé aquí lo que hoy hacen muchos cristianos con las verdades morales de la fe. Esta les dice en términos los mas expresos : La torpeza ni siquiera se nombre entre vosotros :—Prestaréis gratuitamente, y sin cometer usura :—Lo sobrante lo daréis á los pobres :—Solo los que mortifican su carne alcanzarán el reino del cielo : y otras cosas á este tenor. ¿Y ellos qué hacen? Siguiendo la teología de Saul, las interpretan á su gusto, y conforme conviene á sus pasiones. Es verdad, dice el usurero, que el Evangelio condena la usura; pero esto se entiende cuando es excesiva, no cuando se limita al diez ó al quince por ciento : *Implevi verbum Domini*. Es cierto, dice el rico insensible, que el Evangelio manda dar lo sobrante á los pobres; pero nada tiene de sobra quien, como yo, ocupa un lugar distinguido en la sociedad : *Implevi*. Es indudable, dice el deslenguado, que san Pablo condena hasta las conversaciones impuras; pero la condenacion no tiene lugar cuando son por pura broma ó pasatiempo : *Implevi*. No negaré, dice la mujer mundana, que la fe manda á las mujeres ser modestas y recatadas; pero esto se entenderá de las monjas que lo tienen por regla, no de mí que he de vivir en medio y á gusto del siglo : *Implevi*.

Este es, amados míos, el grande abuso que los católicos ha-

cen de su fe, abuso que expone nuestra Religion al escarnio de sus enemigos, abuso que hace mas daño á la Iglesia que todos los tiranos y herejes juntos, abuso que Dios suele castigar con la sustraccion de la fe misma; porque, como dice san Agustin, es justo que quien abusa de una gracia, la pierda; y que quien no quiere aprovecharse de la luz, quede envuelto en las tinieblas. Consiguiente á este principio, ¿os diré que Dios va á privarnos de la fe en castigo del abuso que hacemos de ella? ¿os diré que en pena de no aprovecharnos de las luces de nuestra Religion, va á disponer que esta Religion nos abandone, y vaya á iluminar á otros pueblos? Si tales cosas os anunciase, ¿quién pudiera tildarme de ligero? ¿Por ventura no lo ha hecho así con otros pueblos quizá menos delinquentes que nosotros? ¿Qué se ha hecho la antigua Sinagoga, madre de los Profetas, de los Apóstoles y del mismo Jesucristo? Ya no existe. ¿Qué se ha hecho la Iglesia de Oriente, seminario de tantos mártires, doctores y héroes? Desapareció. ¿En qué ha venido á parar la religiosa África, llena un tiempo de templos, monasterios y cristianos fervorosos? Apenas encontraríais en toda ella una cruz para adorar.

Mas aun suponiendo que el Señor no nos quite la Religion, como la quitó á estos pueblos, cosa que no tenemos ningun derecho á esperar, yo puedo anunciar á los que abusan de la fe otro castigo mas cierto y no menos espantoso. ¿Sabeis cuál es? Es vivir en el seno de la Iglesia, conservar en el entendimiento la fe verdadera, y no obstante quedar tan ciego é insensible á sus luces como aquellos que viven en las tinieblas del error. ¿Cuántos hay entre vosotros que, si antes sentian grandes remordimientos al cometer la culpa, hoy viven tranquilos y alegres en medio de las mas enormes maldades? ¿Y por qué esto? Porque en ellos ya no hay aquella fe clara, que antes les descubria toda la deformidad del pecado. ¿Cuántos hay entre vos-

otros que, si antes temblaban de temor al oír predicar de la muerte, del juicio ó del infierno, al presente escuchan estas verdades con la misma insensibilidad que se oye la narracion de una fábula? ¿Y por qué? Porque su fe ya está muerta, y no tiene fuerza para imprimirles un temor saludable. ¡Justo castigo del abuso que han hecho de ella! ¡Castigo espantoso, que los teólogos reputan como un triste presagio de eterna reprobacion!

¡Ah! mis amados fieles, no permita Dios que un tal castigo caiga sobre vosotros. Y para hacer de vuestra parte cuanto es menester para evitarlo, examinad atentamente cómo está vuestra fe: *Vosmetipsos tentate, si estis in fide*<sup>1</sup>. Ved cuál sea el aprecio que haceis de este gran don de Dios, y si seguís con fidelidad las máximas morales que enseña. Mirad si vuestras costumbres están en contradiccion con vuestra creencia, ó si teniendo una fe santa, llevais una conducta depravada. Y si desgraciadamente halláseis ser así, llorad este abuso, reparadlo en lo sucesivo: y de este modo lograréis que vuestra fe, ahora oscura, se convierta en un dia claro en el cielo. Amen.

<sup>1</sup> II Cor. XIII, 5.